



23643

Sergio Fernández, ¿memorioso?

El ex ministro del general Augusto Pinochet y actual senador designado por el mismo general, Sergio Fernández, se ha abocado a escribir sus memorias. Su obra *Mi lucha por la democracia* llena las estanterías de las principales librerías.

Es sorprendente cómo un adjetivo demostrativo, "la democracia por la cual luchó Sergio Fernández", se transforma en un sustantivo, "la democracia". Esa "democracia", que se origina en una consulta viciada donde la aprobación o el rechazo a lo realizado por el régimen, donde el rechazo o aprobación a la Constitución y, finalmente, donde el de Augusto Pinochet es el único nombre posible para encabezar ese régimen, esa democracia, dice Fernández, es "la democracia". Esa democracia donde luego se verifica que votaron más personas que las habilitadas; esa democracia donde no hubo condiciones mínimas de debate público; esa democracia donde se establece un período transitorio de ocho años al término de los cuales el gobernante plebiscita su propio nombre es, según Fernández, la democracia; esa democracia de los senadores designados y de la inamovilidad de los comandantes en jefe —aunque existían méritos para enjaular a alguno de ellos— es, según Fernández, "la democracia".

La democracia de Pinochet es también la democracia de la represión en las protestas sociales. Son los 18 mil soldados en las calles en agosto de 1983, cuando Jarpa permanece en silencio como ministro del Interior, cuando decenas de personas son muertas sin reparar si se trata de niños, mujeres o ancianos. Esa democracia, la democracia del general Pinochet, no es la democracia representativa de nuestra historia ni de la de ningún país civilizado, pero Fernández pretende realizar la falsificación con trivialidad y simpleza.

Alguna vez Carlos Gardel cantó *No habrá más penas ni olvido*. Osvaldo Soriano recogió esa afirmación en el título de uno de sus libros donde justamente trata de relevar las penas y olvidos de que ha sido víctima el pueblo latinoamericano, sin distinción de fronte-

ras. Fernández, como ex funcionario y persona de confianza del régimen militar, ha escrito las memorias concernientes a ese período. Ellas están ciertamente constreñidas a las funciones políticas del ex ministro y no nos hablan de Fernández como una personalidad total, sino de su par-

teci-
ción en determinados hechos políticos. De manera que no estamos en presencia de un ejercicio a lo André Malraux, con sus *Antimemorias*, donde hay una preocupación por la historia familiar, por las experiencias compartidas en la Segunda Guerra Mundial entre los militantes de la resistencia y por las referencias impresionistas de sus entrevistas con grandes personajes políticos y sociales de este siglo. En su caso, la memoria tiene un carácter constructivista y recupera expresiones parciales para explicar perspectivas de conocimientos más amplios. Sus *Antimemorias* son, en estricto rigor, un libro abierto. Alfredo Bryce Echenique ha publicado sus *Tiempos antimemorias*, donde es fácil vincular los personajes de sus obras con su propia vida, aunque no sea este el único enfoque posible de rescatar. Tampoco se puede dejar de mencionar las memorias más ordenadas y convencionales de Mario Vargas Llosa (*El pez en el agua*), un excelente escritor que



en su relato no exceptúa lo que para algunos es expresión de ciertas infidelidades. Lo común de estos tres casos es que existe un genérico interés y demostración de llegar a la "verdad" de sus vidas en el pasado. Frente a este cuadro, las memorias de Sergio Fernández son opacas y sin más relieve que

el aportado por determinados acontecimientos. Se trata, en suma, de una memoria funcionaria que registra, casi sin sorpresas, algunos lugares comunes del pinochetismo. No obstante, hay ciertos alcances específicos sobre los que cabe meditar.

Frente a la memoria caben dos posibilidades contrapuestas. Hobbes definió la memoria como "el sentir de haber ya sentido". En esta perspectiva, hay una reproducción de lo pasado en el sentimiento. En el otro extremo se asume que la memoria es dinámica, evolutiva; se recuerda aquello que hoy es necesario recordar o recuperar. La selectividad rinde así tributo a las exigencias del presente. En su forma más grosera, esta línea puede llegar a construir una coartada sobre la actuación pasada que sabe el presente del protagonista. No se miente en lo que se dice, pero se callan las afirmaciones propias y ajenas que hoy podrían crear daño. En breve, el pasado memorioso se racionaliza y funcionaliza en un propósito

presente. De alguna manera se valida la afirmación de Federico Nietzsche: "Yo no he hecho esto, me dice la memoria. No puedo haberlo hecho, sostiene mi orgullo, que es inexorable". Todas las memorias políticas presentan este defecto y la de Fernández dista de ser la excepción. Pese a todo, no deja de sorprender la impudicia de titular su primer período de 1976 a 1978 bajo el nombre de "Preparando la transición", transición que sólo llegará al país doce años después.

Lo que más llama la atención de estas memorias es su procedimiento de legitimación mediante la reiteración de comunicados y citas que implican un gran trabajo de selección de fotocopias; desgraciadamente, ellas carecen de un espíritu profundo, se ubican en lo superficial y no dan cuenta de nada nuevo. Casi se podría afirmar que no aportan nada significativo, excepto los desadfectos e ignorancias sobre sus compañeros de ruta.

Hace algún tiempo, el presidente del Senado, Gabriel Valdés Subercaseaux, se refirió a la importancia del estilo en política. En el siglo XVIII se tenía como métrica que el estilo es el hombre. En otras palabras, no debería existir diferencia entre el "ser" y su expresión, a no ser que se recurriera al procedimiento espurio del marketing. En este sentido, las memorias del ex ministro de Pinochet carecen de estilo y esto, en concreto, significa que el aporte del actual senador designado es insignificante. No sólo es irrelevante en cuanto ya era conocido, sino que no logra recuperar los recuerdos en intenciones superiores.

En la década del 50 en nuestro país se dio la paradoja de que un destacado historiador nacional, Francisco Antonio Encina, recibió el Premio Nacional de Literatura por sus obras. Los escritores protestaron, pero los historiadores afirmaron, con cierta malicia, que el premio de literatura había sido bien otorgado porque su historia era una gran creación literaria. Las memorias de Fernández no corren este peligro. En rigor,

podrían incluirse en esa obra del escritor español Alvaro Pombo cuyo título es *Relatos sobre la falta de sustancia*, o ser tal vez un pasaje meditando de Milan Kundera en *La insostenible levedad del ser*.

Y, sin embargo, las memorias son ilustrativas de un sentimiento negativo del ex ministro respecto de otros personajes del régimen militar. Desde luego, hay un desgano explícito respecto del general Fernando Matthei, que estuvo por reconocer de inmediato la derrota del general Pinochet en el plebiscito de 1988. Pero contra quien embiste con mayor fuerza es contra el ex ministro de Hacienda y de Interior Carlos Cáceres, un hombre honorable que no ha ganado su título por la secretaría de las designaciones, sino por su actuación pública. Estos ejemplos, que distan de ser los únicos, demuestran que las memorias están dirigidas instrumentalmente contra quienes en circunstancias difíciles supieron dar una confianza pública que el ministro Fernández no estaba en condiciones de proporcionar.

Al leer las páginas selectas de las memorias del ex ministro se recuerda la historia de *Funes el memorioso*, del escritor argentino Jorge Luis Borges. Funes, a consecuencia de un accidente, podía recordar integralmente ciertos episodios del pasado, minuto por minuto, segundo por segundo, de tal manera que tal ejercicio de la memoria borraba literalmente el presente. Sergio Fernández no recuerda todo, pero sus reminiscencias son detalladas tanto como insustanciales. Estas memorias son irrelevantes, pomposas, redactadas con un estilo notarial y no contribuyen en nada a conocer el período militar desde una perspectiva de altura. Ellas sólo están destinadas a blanquear su pasado y a criticar a los adversarios de su sector, a personas como Andrés Allamand, Francisco Javier Cuadra y Carlos Cáceres, que gozan de una estimación superior, no obstante los defectos de sus acciones, que algunos en privado y otros en público no trepidan en reconocer.

Gustavo Jiménez Fernández es sociólogo.

Sergio Fernández, memorioso? [artículo] Gustavo Jiménez F.

Libros y documentos

AUTORÍA

Jiménez F., Gustavo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sergio Fernández, memorioso? [artículo] Gustavo Jiménez F.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile